

El presidente Blake manifestó, con una entereza y un patriotismo que honrará perpétuamente su memoria, la necesidad y obligacion que la nacion tenía de no entregarse ni en todo ni en parte á una dominacion estrangera, la sensacion que esto produciría en el pueblo español, y el abuso que de ello podrian hacer nuestros enemigos para inspirar desconfianza en el gobierno. Sus compañeros Agar y Ciscar le sostuvieron, añadiendo que valdría más perecer con honra que causar á España semejante afrenta. Y como el presidente de la cámara les preguntase con qué recursos contaba el gobierno para continuar la guerra, en el caso de que aquella contestacion retrajera á la Gran Bretaña de seguir prestándonos sus auxilios, respondió con energía Blake: «No temo que llegue este caso, porque tengo »por cierto que en auxiliarnos hacen los ingleses su »propia causa: mas aun cuando asi fuese, no debemos »olvidar que la nacion en su primer impulso no contó »con auxilio ningunó de la tierra, y asi proseguiría aun »cuando se viese abandonada de su aliado.» Estas palabras causaron viva sensacion y hasta entusiasmo en los distinguidos españoles allí reunidos; y aunque todavía fué este asunto objeto de discusion, y algunos manifestaron temores y recelos de causar enojo al gobierno británico, concluyeron las Córtes por aprobar la conducta de la Regencia ⁽¹⁾.

(1) Villanueva, Viaje á las Córtes.—El conde de Toreno, que cuenta este suceso muy sucintamente, dice que los tres regentes

Repuesto y descansado ya algun tanto el ejército francés, y provisto de mantenimientos en la fértil Castilla, determinó Massena moverse para socorrer y avituallar la plaza de Almeida (23 de abril), que el general inglés Spencer tenía estrechamente bloqueada. A falta de los soldados que aun no estaban en aptitud de hacer un servicio activo y de sufrir las fatigas de una nueva campaña, uniósele el mariscal Bessières con algunas de sus tropas de Castilla, entre ellas la lucida y famosa artillería y caballería de la guardia imperial: de modo que volvió á reunir Massena hasta 40.000 hombres útiles y dispuestos para todo. Wellington, que se habia situado entre los rios Doscasas y Turones, contaba sobre 35.000, despues de la separacion de Beresford, repartidos en tres divisiones ⁽¹⁾. Auxiliábale á cierta distancia el intrépido caudillo español don Julian Sanchez con su cuerpo franco. Noticioso Wellington de los preparativos y movimientos de Massena, tomó sus posiciones y se preparó á la accion. El 2 de

tes adolecieron en esta ocasion de humana fragilidad. «Blake (añade), irlandés de origen, y marino de las preocupaciones de familia, los otros dos de las de la profesion.»—Nosotros creemos que los tres obraron como excelentes patriotas y como buenos españoles.

(1) Muy rara vez logra saber el historiador la verdadera fuerza numérica de los ejércitos. En esta ocasion, por ejemplo, las historias francesas dan al ejército de Wellington 50.000 hombres, las inglesas le reducen á 29.000. Los franceses dicen que no llegaban á 35.000 los de Massena, los nuestros los hacen pasar de 45.000. El historiador imparcial, á falta de otros datos, tiene muchas veces que recurrir al cálculo prudencial fundado en el coetejo de unos y otros, contando con la exageracion apasionada que por desgracia se observa en los escritores de cada pais.

mayo cruzaron los franceses el Azava, y el 3 atacaron impetuosamente el pueblo de Fuentes de Oñoro situado en una hondonada á la izquierda del Doscasas, apoderándose de la parte baja del pueblo, de donde sin embargo los arrojaron luego los ingleses, obligándolos á repasar el rio. El 4 llegó Massena, acompañado de Bessières con su brillante guardia imperial, y en la mañana del 5 comenzó formalmente la accion atacando el tercer cuerpo francés por la parte de Pozovelho, y embistiendo la caballería de Montbrun en un llano á los ginetes de don Julian Sanchez.

No hay para qué describir todas las maniobras de unos y otros en el combate de este dia. Wellington reconcentró sus fuerzas en Fuentes de Oñoro, de cuyo pueblo tomó el nombre la batalla, por haber sido allí donde se sostuvo con mas empeño la pelea, pugnando los franceses por apoderarse de la altura que dominaba la poblacion, y que se habia hecho en realidad el centro de los ingleses, sin dejar por eso de combatirse en ambas alas. Duró esta reñidísima accion hasta la noche, concluyendo por repasar los franceses el Doscasas, y quedando los ingleses en la altura de Fuentes de Oñoro, sin que ni unos ni otros ocupasen la parte de poblacion situada en lo hondo. El resultado de la batalla, si bien puede decirse que quedó indeciso, fué mas favorable á los ingleses, que al fin lograron impedir el socorro de Almeida, uno de sus objetos principales. Mas no por eso se atrevió Wellington á renovar

el combate, y lo que hizo fué atrincherarse fuertemente en su posicion. Tranquilos los franceses en las suyas el 6 y el 7, retiráronse el 8 por el Agueda sin ser molestados. No correspondieron, á juicio de los entendidos, los dos generales en jefe en la batalla de Fuentes de Oñoro, ni á su reputacion de circunspecto el inglés, ni el francés á la suya de vigoroso y atinado. Los de su nacion achacan la flojedad y poco acuerdo de algunos de sus generales en aquel dia á desánimo y disgusto, por saber ya que iban á ser reemplazados, como lo fueron en efecto muy pronto Junot, Loison, y el mismo Massena (1).

Este último dió orden al gobernador de Almeida, general Brenier, para que evacuára la plaza al frente de la guarnicion, volando sus muros; y en efecto, el 10 de mayo, despues de haber practicado las convenientes minas, salió Brenier al frente de 1.200 hombres que tenía, reventaron tras él las minas, derrumbáronse con estrépito las fortificaciones, y él, abriéndose paso con intrepidez por entre los puestos enemigos, logró incorporarse al general Reynier en San Felices. Massena habia pasado á Ciudad-Rodrigo, donde recibió la orden imperial que le llamaba á Francia (11 de mayo). Aquel mismo dia entregó el mando del ejército al mariscal Marmont, duque de Ragusa, quien volvió á establecer sus acantonamientos en las cerca-

(1) Relacion de la batalla por sena.
el general Pelet, edecan de Mas-

nías de Salamanca. Drouet con el 9.º cuerpo se encaminó á Extremadura y Andalucía. Wellington con su ejército anglo-lusitano se acantonó entre el Coa y el Doscasas, hasta que á pocos dias los sucesos le obligaron á moverse hácia Extremadura.

Dejamos en esta provincia la plaza de Badajoz, ántes tomada por los franceses, acometida ahora por el general inglés Beresford, auxiliado por el 5.º ejército español que mandaba Castaños, y principalmente por el gefe de la primera division don Carlos de España. Punto era este que habia de atraer en apoyo de unos y de otros respetables fuerzas enemigas, y cuya concurrencia habia de producir un choque terrible.

Convencido el gobierno de la necesidad y conveniencia de enviar en ayuda de Castaños las tropas que pudieran sacarse de Cádiz, acordó preparar una expedición; y las Córtes, queriendo poner al frente de ella un general de toda confianza y al que los demas gefes se sometiesen de buen grado, eligieron al general Blake, presidente de la Regencia, dispensando en esta ocasion la ley que prohibia á los regentes todo mando militar: distincion tanto mas notable, cuanto que hacía muy poco tiempo que las Córtes se habian negado á admitir la renuncia que el mismo Blake con su natural modestia habia querido hacer del cargo de regente⁽⁴⁾. Partió pues este honrado y activo militar de

(4) Hizo Blake la renuncia con En 10 de febrero de este año oficialen la ocasion y del modo siguiente.— ron las Córtes á la Regencia, pa-

Cádiz para el condado de Niebla, donde debian reunirse las tropas destinadas á la expedición, en número de 12.000 hombres, en tres divisiones, mandadas la una por el teniente general don Francisco Ballesteros, las otras dos por los mariscales de campo don José de Zayas y don José de Lardizabal, capitaneando la caballería don Casimiro Loi. El 10 de mayo se hallaba ya el ejército expedicionario acantonado en Monasterio, Fregenal, Jerez de los Caballeros y Montemolin. El 8 habia el general inglés Beresford abierto trinchera en la plaza de Badajoz por delante de San Cristóbal. El 14 se reunieron en Valverde de Leganés Beresford, Castaños y Blake, concertaron el plan de operaciones, para el cual habia enviado ciertas bases lord Wellington, y conforme á él partieron el

ra que les manifestase cuáles eran á su juicio las causas de nuestras lamentables pérdidas, así de hombres como de plazas, y los medios que convendría emplear para remediarlo. La Regencia, y en su nombre Blake como presidente, contestó en 15 del mismo mes, esponiendo con lealtad y sinceridad las causas y los remedios posibles, y confesando que en la designacion de unos y de otros no emitía, ni podia emitir, ideas que no estuvieran al alcance de los hombres ilustrados y concedores de las circunstancias de la nacion. Al final de este documento, que tenemos á la vista, exhortando Blake á las Córtes á que procuráran emplear los hombres segun su aptitud, «porque ni todos los valientes, decia, son útiles para mandar, ni todos los buenos patricios son apropiados para administrar,» concluía rogando le fuese admitida la dimision de su cargo de regente. «No soy tan modesto, decia, que no me crea con derecho para ser reputado hombre recto y amante de la patria: como tal aseguro á V. M. que no soy apropiado para este elevado destino, y es de la obligacion de V. M. colocar en este puesto á otro que le llene mas dignamente, como lo ha sido en mí el manifestarlo luego que me ha confirmado la experiencia en una opinion que no dejaba ya de ser la mia cuando fui sorprendido con el aviso honroso de mi nombramiento.» El 17 contestaron las Córtes no admitiendo su dimision.

15 las tropas para la Albuera, donde al amanecer del siguiente día llegaron y se les reunieron una división inglesa mandada por el general Kole, y la primera de nuestro 5.º ejército que regía don Carlos de España, con seis piezas de artillería.

Pero también á los franceses les estaba llegando gran refuerzo. El mariscal Soult, duque de Dalmacia, no bien había regresado á Sevilla después de apoderarse de Badajoz, cuando ya tuvo que pensar en volver á Extremadura en socorro de aquella misma plaza amenazada por los aliados. Así fué que procurando dejar amparadas las líneas de Cádiz y la Isla, y poner la misma ciudad de Sevilla al abrigo de una sorpresa, recogió cuanta gente pudo de los cuerpos 1.º y 4.º que mandaban Victor y Sebastiani, y con la brigada del general Godinot presentóse en Extremadura, donde se le reunió Latour-Maubourg. Tomó el mando del 5.º cuerpo el general Girard. El 15 de mayo se hallaba Soult en Santa Marta, á tres leguas de distancia de los aliados, con 20.000 infantes, 5.000 ginetes y 40 cañones (1). Los aliados no habían hecho na-

(1) Más gente pensó reunir, puesto que el 4 de mayo escribía desde Sevilla al príncipe de Neuchâtel (Berthier): «Parto dentro de cuatro días con 20.000 hombres, 3.000 caballos y 30 cañones, para arrojar al otro lado del Guadiana los cuerpos enemigos que se han derramado por Extremadura, libertar á Badajoz, y facilitar la llegada del conde de Erlon. Si las tropas de este general se pueden reunir á las que yo llevo, y las que han partido del centro y del norte llegan á tiempo, tendré en Extremadura 35.000 hombres, 5.000 caballos y 40 piezas. Entonces doy la batalla á los enemigos, aunque se junte todo el ejército inglés que hay en el continente, y serán vencidos.» Ni aquellas tropas llegaron, ni se cumplieron sus halagüeñas ofertas.

da delante de Badajoz, á pesar de haber abierto trinchera: los ingenieros ingleses no dieron grandes muestras de pericia, y al acercarse Soult descercó Beresford la plaza después de haber perdido inútilmente 700 hombres. Todo anunciaba que el verdadero choque entre ambos ejércitos iba á ser en la Albuera. Aquí juntaron los aliados sobre 31.000 hombres, de ellos casi la mitad españoles, los demás ingleses y portugueses.

El pequeño lugar de la Albuera, á cuatro leguas de Badajoz, en la carretera de esta ciudad á Sevilla, está situado á la izquierda del riachuelo de aquel mismo nombre, formado de los arroyos Nogales y Chicapierna, en una vega que se eleva por ambos lados insensiblemente, y por la izquierda constituye unas lomas con vertientes á la otra parte, por donde corre el arroyo Valdesevilla. A la espalda de esta pequeña loma y en dirección paralela al riachuelo se situó el ejército aliado al amanecer del 16, en aptitud de esperar la batalla: el cuerpo expedicionario de Blake á la derecha en dos líneas, formando la primera las divisiones de Lardizabal y Ballesteros, la segunda, á 200 pasos, la de Zayas: la caballería expedicionaria y la del 5.º ejército al mando del conde Penne Villemur á la derecha de la infantería, también en dos líneas. El ejército anglo-portugués en una línea á continuación y á la izquierda de la primera española: la caballería inglesa junto al arroyo de Chicapierna; la portuguesa á la izquierda de toda la

línea; tropas ligeras inglesas ocupaban el pueblo de la Albuera; la artillería inglesa y portuguesa á su inmediación. Cuando aquella mañana llegó Castaños con las divisiones de Kole y de España, pasaron éstas á la izquierda de toda la posición, escepto un batallón español y la artillería, que se colocaron á la derecha de Zayas. Convínose, y se recibió como feliz acuerdo, en que mandaría en jefe el general que hubiera conducido mayor número de tropas, en cuyo concepto tocó aquel mando al mariscal inglés Beresford, á cuyo cargo iban ingleses y portugueses.

A poco tiempo aquella misma mañana se divisaron los enemigos por el camino de Santa Marta; una columna suya se acercó al riachuelo de la Albuera y rompió un vivo fuego de cañón; la artillería de los aliados se adelantó hácia el puente, y nuestra primera línea de infantería subió de frente á la cresta de la loma para mostrarse al enemigo. Mientras se sostenía el ataque por el frente, y les franceses á favor de los matorrales y quiebras se adelantaban á pasar los dos mencionados arroyos de Chicapierna y Nogales, observó Blake sus maniobras, de que se cercioró mejor por los oficiales de Estado mayor que envió á explorarlas, y visto cuál podría ser su objeto, se dispuso un cambio general de frente sobre la derecha, operación difícil, que se ejecutó con un orden, precisión y serenidad que no se esperaba de tropas españolas, y sorprendió á los extranjeros que lo observaban. Así cuando los franceses

cruzaron los arroyos para envolver lo que suponían flanco, se encontraron con unas nuevas líneas de batalla en posiciones, y dispuestas á recibir el ataque.

Resistióle primero la división Zayas, continuó su movimiento la de Lardizabal, y arremetieron luego con tal ímpetu algunos batallones de la de Ballesteros, haciéndose en tanto un fuego mortífero de artillería á cortas distancias, que el enemigo fué rechazado sobre sus primeras reservas; primer presagio del éxito feliz de la jornada. Recobrado no obstante el francés con la ayuda de la caballería de Latour-Manbourg, y protegido por su numerosa artillería, acometió de nuevo y logró colocarse en la cresta de las lomas que ocupaban los españoles. En auxilio de éstos acudió la división inglesa de Stewart, que se puso á la derecha de Zayas, siguiéndole á lo lejos la de Kole. En medio del combate, que era terrible, sobrevino un furioso vendaval, acompañado de copiosos aguaceros, que impedían discernir lo que pasaba. A favor de esta confusión una porción de lanceros polacos se embocaron á escape por entre nuestra primera y segunda línea; embistieron al inglés por la espalda, y le hicieron 800 prisioneros y le cogieron algunos cañones. Creyendo los ingleses de la segunda línea desbaratada la primera, hicieron fuego sobre los polacos hácia el punto en que se hallaba Blake: afortunadamente éste les hizo comprender pronto su error, y mandando luego que algunas compañías de la primera diesen frente á retaguardia y hiciesen

fuego á los lanceros del Vístula, pagaron éstos su audacia quedando tendidos en el campo. La pelea andaba brava; hacíanse descargas á medio tiro de fusil: combatíase en el puente; luchábase en el pueblo de la Albuera, que portugueses y españoles defendieron con valor y con brío.

Indeciso todavía el éxito de la batalla despues de algunas horas de porfiado y sangriento combate, queriendo los franceses resolverle de una vez, se arrojan sobre el ejército aliado en masas paralelas. Lejos de asustarse los nuestros, se lanzan á encontrarlos de frente, algunos en columna cerrada y arma al brazo como la division Zayas; pasma á los enemigos tál arroyo; titubean un instante, se arremolinan, retroceden cayendo unos sobre otros, se atropellan rodando por la ladera, y buscan amparo en la reserva situada al otro lado del arroyo. Su artillería y su caballería numerosa protege á los desbandados hasta repasar el Nogales, y van á situarse todos en la dehesa de la Natera en la entrada de un bosque, donde pasan la noche, y permanecen todo el dia 17. En la mañana del 18 emprenden sigilosamente la retirada; nuestra caballería, inferior en número, se empeña demasiado en su persecucion, y Soult consigue al menos marchar con cierta tranquilidad, hasta sentar sus cuarteles en Llerena el 23.

Tál fué la gloriosa batalla de la Albuera⁽⁴⁾. Per-

(4) Entre otras singularidades é incidentes de esta batalla, me-

dieron en ella los aliados, entre muertos y heridos, mas de 5.000 hombres, la mayoría ingleses: la pérdida de los franceses pasó de seguro de 7.000. De una y otra parte sucumbieron generales y gefes de graduacion: murieron los generales franceses Pepin y Werlé, y fueron heridos Gazan, Maransin y Bruyer: de los ingleses quedaron muertos los generales Houghton y Myers, heridos Stewart y Kole: de los nuestros fué herido don Carlos de España, y á Blake le tocó en un brazo una bala de fusil, que por fortuna no hizo sino rasparle el cútis.

Grande alegría produjo en toda la nacion la noticia de esta victoria. Las Córtes declararon benemérito de la patria á todo el ejército que habia combatido en la Albuera; decretaron una accion de gracias á los generales, gefes, oficiales y tropas de las tres naciones que concurrieron á la batalla; se concedió á propuesta de la Regencia la gran cruz de Carlos III al general; se dió por aclamacion el empleo de capitán general á don Joaquin Blake; y lo que fué mas satisfactorio para el general regente, fué la desusada, y por lo mismo honorosísima declaracion del Parlamento británico, que espresó «reconocer altamente el distinguido valor é intrepidez con que se habia conducido el ejército espa-

rece notarse el de haber peleado en el concepto público, y recuperar la honra militar lastimada con el descalabro del 19 de febrero en Gévora. Rasgo digno de pundonoroso guerrero.

»ñol al mando de S. E. el general Blake en la batalla de la Albuera.» Y aun mas lisonjero debió serle todavía que el conducto por donde se le comunicó esta honrosa declaracion de las Cámaras fuese el mismo lord Wellington, á quien él con tanta entereza habia negado como regente el mando de las provincias españolas que el embajador su hermano habia pretendido⁽¹⁾. Tambien acordaron las Córtes que, concluida la guerra, se erigiese en la Albuera un monumento que recordára á la posteridad tan gloriosa jornada, y el nombre de un regimiento de caballería española refresca todavía en la memoria el de aquel pueblo y aquella accion.

Lento y como indeciso se observó al ejército inglés despues de la batalla de la Albuera. Ello es que Wellington, habiendo venido el 19 á visitar el campo del combate, ordenó á Beresford que no hiciese sino observar al enemigo y perseguirle con cautela: despues envió aquel general á Lisboa á organizar nuevas tropas, volviendo á mandar su division el general Hill, ya restablecida su salud. De modo que no se inquietó á Soult en Llerena, donde se procuró subsistencias

(1) Parte de don Joaquin Blake al Consejo de Regencia; campo de Albuera, 18 de mayo de 1811.—Oficio de los regentes al general Blake; Cádiz, 23 de mayo de 1811.—Propuestas del gobierno á las Córtes; Cádiz 24 de mayo de id.—Decreto de las Córtes; 26 de mayo.—Contestacion del general Blake las Córtes; Nogales, 6 de junio.—Respuesta de Blake al Consejo de Regencia; Nogales, id. de id.—Actas de las cámaras inglesas; *Die vèneris*, 7 de junio de 1811: Reuelto *nemine dissentiente* por los Lores, etc.—Comunicacion de lord Wellington á Blake: Quinta de San Juan, junio 28.

y refuerzos. Verdad es que una division inglesa volvió á bloquear á Badajoz, juntamente con la de don Carlos de España, cuyo mando, con motivo de la herida de éste, se dió á don Pedro Agustin Giron. El bloqueo de la plaza se convirtió luego otra vez en sitio. Del 25 al 31 (mayo) se abrieron trincheras. Dos asaltos intentaron los ingleses y en ambos fueron rechazados sin fruto, bien que carecian de zapadores y de útiles para el caso, y el gobernador francés Philippon era mas diestro y activo, y sabia más de defensa que ellos de ataque.

Sucedió en esto que habiendo hecho los artilleros portugueses una fogata en el campo, prendió el fuego en los matorrales y en las mieses, y difundiéndose con violencia espantosa por la comarca, y propagándose hasta una distancia remota, á favor de hallarse ya muchos de los frutos casi secos, devoró, por espacio de quince dias que estuvo ardiendo, mieses, dehesas, montes y casas, hasta las cercanías de Mérida, que fué una desolacion para el país, mas horrible que la guerra misma que le estaba devastando.

En este tiempo, reforzado Soult con tropas de Drouet que tomó el mando del 5.º ejército, movióse de Llerena (12 de junio) con la mira de libertar á Badajoz: bien que se detuvo con noticia de que el mariscal Marmont, sucesor de Massena, con parte de las tropas del ejército de Portugal habia entrado en Extremadura, procedente de Salamanca, y cruzado el Tajo, diri-

giéndose un trozo á Mérida, otro hácia Medellin. Por su parte Wellington, sabedor de los movimientos de los dos mariscales franceses Soult y Marmont, no creyó prudente aguardarlos, y haciendo levantar el sitio de Badajoz, repasó el Guadiana y se retiró á Yelves (18 de junio): los españoles le vadearon también por Jurumeña. Marmont y Soult se avistaron sin obstáculo en Badajoz, tantas veces y tan sin fruto amenazada por los ingleses. Blake con su ejército expedicionario caminó por dentro de Portugal, y repasó el Guadiana en Mértola (23 de junio): sus tropas sufrieron en esta marcha no pocas escaseces, y á consecuencia de ellas los soldados molestaron bastante á los naturales. Volviendo de allí á Niebla, hizo una tentativa para apoderarse de la villa cabeza del Condado (30 de junio), pero falto de artillería de batir y de escalas, y acudiendo sobre él fuerza enemiga, hubo de desistir de la empresa, y reembarcándose á los pocos dias regresó á Cádiz de donde habia salido (11 de julio), y donde pronto tuvo que prepararse para otra expedición. Soult habia regresado ya también á Sevilla, habiendo salido de Badajoz el 27 de junio, despues de hacer volar los muros de Olivenza, abandonada por los ingleses cuando se retiraron detrás del Guadiana.

Al resumir un historiador francés, por cierto nunca benévolo con los españoles, el resultado de las campañas de la primera mitad del año 1811 en el Mediodía de la península, hace, entre otras muchas, estas

reflexiones: «La esperanza de enseñorear la Andalucía, mientras Portugal era invadido, y de conquistar así el Mediodía de un solo golpe, fué causa de que se disemináran desde Granada á Badajoz no menos de 80.000 soldados, los mejores que poseia Francia, y de que privado el ejército de Portugal de los socorros con que habia contado, no pudiera llevarse á remate su empresa. Muy pronto, á este desparrame de recursos se juntaron las ilusiones, porque la primera necesidad que se experimenta, despues de cometidos los yerros, es la de no confesarlos.... Sin duda con su grande esperiencia, con su genio penetrante, sabía Napoleon muy bien las mermas espantosas de sus ejércitos por consecuencia de las marchas, de las fatigas, de los combates, de los calores del verano, de los frios del invierno: sabíalo por haber sido testigo de ello bajo climas no tan devorantes en verdad como el de España, y sin embargo no queria admitir que los 80.000 hombres del mariscal Soult estuvieran ya reducidos á 36.000, ni que Massena contára, en vez de 70.000 soldados, con 45.000 de allí á poco, y con 30.000 á la postre, etc.»